

Cómo molestar viejas sin ser atrapado

Sebastián Pedrozo

loqueleg



DATO IMPORTANTE

Solo se molestará a las viejas que lo merezcan. Nunca a una anciana buena, que teje todo el día y hace comida riquísima. Como mi abuela y mi tía, por ejemplo, que son grandes personas y ciudadanas de bien.

Molestar es divertido (si no te atrapan)

Una especie de introducción

¡Hola!, mi nombre es Jimena, pero todos me dicen Jime. Así que no se hagan los originales y llámenme como el resto. ¿Estamos?

13

Así como me ven (muy bella, en realidad), los voy a ayudar a ingresar al maravilloso mundo de los ancianos malhumorados, gritones y rabiosos. ¡Presten atención, olviden ese programa de tevé, suelten ese videojuego, dejen en paz al pobre perro! Esto va a ser muy divertido.

Divertido y peligroso, a la vez. Esa es la verdad. Como debe ser toda aventura arriesgada y ultramisteriosa, por cierto. Espero que estén de acuerdo, y si no, mala suerte. Je, no, es broma, sé que lo están. ¿Verdad?

Bien. Para molestar viejas (además de la anciana), primero hace falta un amigo. ¿Por qué? Sencillamente porque vos le tenés que contar cómo rayos se hace para no ser atrapado, que es lo más complicado. No se puede explicar algo y a la vez hacerlo; uno termina haciendo cualquier pavada y después todo sale mal.

Sin embargo, molestar a alguien es muy fácil; por supuesto, si se cuenta con un buen plan. Lo hace hasta el más tonto; porque, justamente, se trata de eso: hacer alguna molesta guarangada. Basta con ponerse un poco grosero o desubicado y ya está.

Ejemplo uno. Se podría decir:

—Maestra, usted está más gorda que el año pasado, ¿no?

14 Cuidado: Muchas veces hay efectos secundarios. Probablemente la maestra te odiará para siempre después de escuchar tu comentario sobre su temita con el peso. Nada de lo que digas hará que *la gordita*, digo, la señora maestra, te perdone. Salvo que le llesves esas enormes medialunas de jamón y queso que se come a escondidas en la dirección, cuando vos estás en educación física y no podés verla. Eso sí, será mejor olvidar —por un tiempo— el sobresaliente que esperabas por el hermoso mapa de Europa que te llevó dos semanas calcar.

Molestar sin un buen método tiene sus consecuencias. No alcanza con tener malas intenciones.

Ejemplo dos: también se puede eructar en medio del brindis navideño, con todos los parientes presentes. Ejemplo tres, meterse los dedos en la nariz antes de darle la mano al doctor. Y cuatro, ponerse a bailar reggaetón en medio del patio de la escuela cuando se está cantando el Himno Nacional. Una vergüenza, ¿o no?

Cuidado 2: Al bailar hay que repetir a grito pelado, mientras se mueven los brazos como haciendo la danza de la lluvia, la palabra *gasolina*.

Esto es gasolina, aquello es gasolina... y cosas así.

Esa palabra debe ser muy importante. Aparece en todas las canciones de este moderno y alocado ritmo. Además, ahora que lo pienso, es mucho más musical que cantar *nafta*, por ejemplo. Nadie bailarían una canción con la palabra *nafta*, salvo que fuera ruso o algo así.

Claro, si ustedes hicieron algo de todo lo que detallamos, habrán molestado bastante, casi como ese grano en el interior de la nariz que te tiene repodrido. ¡Eso sí que es molesto!

Pero... pequeño detalle: serán atrapados. Y eso no puede ser divertido, jamás, ¿verdad? Los pondrían a repetir en una hoja sus malas acciones en la dirección hasta que la directora se jubile. Los obligarían a lavarse las manos un millón de veces, hasta que sus huellas digitales se borren para siempre y cosas peores. ¡Un horror!

Y si tuviesen padres malvados, ¡los obligarían a escuchar el informativo de la radio cada mañana antes de ir a la escuela! No, nadie podría soportarlo; imagínense escuchar el precio del barril de petróleo todos los días, los resultados del fútbol rumano...

Una porquería. ¿A quién le importa? Es un castigo solo comparable con permanecer en la jaula de los elefantes durante una hora, respirando el asqueroso olor de... Bueno, ya saben qué.

(Alguien debería hacer algo con el alimento de esos pobres animales.)

Aquí radica la utilidad de estos consejos. Con ellos jamás, bajo ningún concepto, queridos *molestaviejas*,

serán capturados por las garras de los adultos, esos seres incomprensibles que no saben lo que es la verdadera diversión. ¡Ja! Ellos piensan que sentarse a charlar en una mesa sobre el nuevo peinado de la vecina, o el partido de la selección, es lo más radical de mundo.

Eso sí, hablando de riesgos, al que pueden atrapar es a su amigo, si no hace lo correcto. Pequeño detalle.

Sin embargo, no hace falta que este sea muy pero muy malo. E so sí, al menos tiene que haber ido un par de veces a la dirección. De lo contrario, se puede impresionar con tanta maldad en la vuelta. Y no queremos que se estrese en medio de una diablura y se nos petrifique de miedo frente a una vieja que quiere tirarle con un bastón por la cabeza.

Un requisito importante es que sea fiel, y que sea capaz de jugarse el pellejo ante el peligro inminente de una anciana que lo persigue revoleando una bolsa repleta de galletas de arroz y un kilo de papas.

Un momento, cuando digo *vieja* también quiero decir *viejo*. Está claro, ¿no? Esto no es cosa de mujer-hombre y los derechos del ser humano. Llamaremos *viejas* a ese género de personas que están enojadas con la vida y, mayormente, con los niños de bien como nosotros.

Por otra parte, una vieja enloquecida por una broma de mal gusto es similar a un oso grizzly mordido en el trasero por un salmón rabioso que quiere vengar a su familia. No se pueden cometer errores.

Muy bien, ¿ya eligieron a su amigo fiel? Yo tengo al mío. Rulo. Un niño audaz. Un poco torpe, pero emprendedor.

Buena gente. Aunque mi madre dice que, en realidad, es medio distraído. Eso sí, gran bailarín. Toma cursos de salsa en algún lugar de la ciudad. Imperdible.

Este es Rulo. Con él haré la prueba de aplicar mi famoso plan. Ya veremos cómo nos va.

Así vestido (con ropa muy normal, sosteniendo un helado medio derretido) no asusta a nadie, más bien inspira pellizcarle los cachetes, regalarle unos caramelos y mandarlo a dormir la siesta.

Bien. Lo primero que hay que hacer es disfrazarlo de niño bandido, pillito. O, como se dice ahora, de un *inadaptado*.

Entonces, debemos aplicar un gran cambio. Manos a la obra.

Se debe despeinar vigorosamente. Dejar el cabello sucio y, dentro de lo posible, cambiar el color a un platinado que encandile los días soleados.

¿Ven?, así está mejor. Ahora un toque final en la cabeza: la gorrita, por alguna razón las viejas asocian las gorras de visera con la sección policial del informativo de las siete.

¿No está hermoso mi pequeño delincuente?

Mucho mejor. Mi amigo Rulo ya no es un niño tranquilo que se lava los dientes después de cada comida y golpea la puerta del baño antes de entrar. No. Ahora es un criminal capaz de agrandar el arco rival en la canchita cuando todos están distraídos. Solo de verlo uno se pone a temblar...

Bueno, más o menos.

Yo no me lo creo demasiado porque lo conozco y sé que a Rulo le da miedo hasta el Gusano Loco, pero los demás no sospechan nada. De todas formas, vestido así un poco de miedo da. Miedo y lástima. De esa combinación sale algo medio tenebroso, ¿no?

Pero todavía no está preparado para molestar viejitas crueles. Le falta una cosa muy importante.

La víctima.

18 Busquemos alguna cerca. Para molestar no hace falta cansarse. Eso es algo que deben saber. En mi barrio está lleno de posibles víctimas. Como la tal vieja Martina, un ser despreciable que molesta a la gente cada vez que tiene la oportunidad. Pareciera que la señora tiene un detector de felicidad ajena y anda por ahí arruinándole la vida a la gente. Pero de ella nos ocuparemos más adelante. Por ahora, limitémonos a conocer a otra vieja terrible.

Ah, sí, ya está. Doña Beba. Una anciana muy querida en el barrio (muy querida por los adultos, por supuesto). Todos saben dónde vive, a qué se dedicó en su juventud, cuál es su color de camisón favorito, qué decoración tiene su pelela. Todos saben cuántos hijos tuvo, cuántos nietos (ninguno en ambos casos), cuántos quilos de polenta compra por semana (siempre le traen los pedidos del súper a su casa) y de qué color es la bolsa de agua caliente que usa desde el invierno de 1945.

Pero nadie ha logrado descifrar sus dos grandes secretos. Sus dos tesoros más preciados: ¿cuántos años tiene y cómo demonios hace para mantener la

dentadura postiza tan firme? Todos se asombran ante la naturalidad con que habla y mueve la boca. Parecen dientes de verdad. Ni siquiera escupe mucho cuando saluda a los vecinos.

¿Y por qué esta viejita y no otra?, se preguntarán ustedes. La tal Beba parece inofensiva. Hay una razón para eso.

Porque doña Beba no es tan buena como todos creen. Nunca abre su puerta, y siempre que juego al básquet y se me cae la pelota al otro lado de su muro, que es muy pero muy alto, me la devuelve pinchada, llena de agujeros. Me la imagino atacando con un cuchillo a mi pobre pelota naranja, con ojos de asesina con dientes postizos.

19

Vaya uno a saber qué hay detrás de la muralla blanca que la separa del mundo.

Entonces, aquí vamos. Lamentablemente no puedo hacer esto sola. Así que tengo que llamar a mi amigo. Aquí viene.

—Rulo...

—¿Qué?

—¿Estás preparado?

—No sé.

—¿Qué no sabés?

—Si estoy preparado...

—Sí, lo estás. Tenemos que empezar. Allí llega doña Beba. ¡Es hora de atacar!

—¿Pero le tengo que pegar o algo a la señora? ¿Voy a terminar preso?

—No, Rulo, no seas abombado. La tenés que molestar, nada más.

—Ah... ¿Y cómo?

—Buena pregunta. Primera lección. Vamos a molestarla con algo que los ancianos detestan. La música a volúmenes increíblemente altos. Y sobre todo la música moderna. Cumbia, por ejemplo. Cumbia de la más escandalosa, la que está llena de malas palabras y nombres de ropa interior femenina.

—Pero a mí tampoco me gusta la cumbia. A mí me gusta la salsa.

20 —Eso no importa, Rulo. No te pongas pesado. Vas a poner cumbia y se terminó.

—Sí que importa. Quiero salsa, es lo que sé bailar.

—Callate, Rulo, y hacé lo que te digo. Siempre tenés que arruinar todo vos, nene. Mirá que, si no, le cuento a tu madre que te mandaron a la dirección el otro día.

—¿Por qué hablás así, Jime? No entiendo nada de lo que decís. Parece que hablaras con otro. Vos está loca de remate. Tengo miedo. Además, eso que me estás haciendo es chantaje. Yo no quería romper todos los tubos de ensayo, se me cayeron sin querer.

—No es un chantaje, prefiero pensar que te estoy usando. Bueno, ¿lo vas a hacer o no?

—Y... sí. No me queda otra.

—Buenísimo. Tomá esta superradio a pilas y, cuando yo te lo diga, vas a golpear la puerta y después la prendés a todo volumen; dale, vamos por doña Beba.

—¿Y después?

—Ah..., va a estar redivertido. Vas que ver la cara que pone.